

“El Pequeño Mensajero de San Francisco”

Terciarios Franciscanos de Observancia Tradicional en América del Sur

28 de Abril de 2019 - Año VI Nro. Publicación Especial (Nro. 24)

Traducción de:

“Una escuela de perfección

O

La santificación del alma”

para la Tercera Orden de San Francisco

(Estudio)

P. Abel

de los Frailes Menores Capuchinos



París, 1923

Librería Saint François

4, rue cassette (6^e)

IMPRIMATUR, Andegavi, 11 Junii 1923, L. Thibault, v.g

Original:

« *Une École de perfection ou La sanctification de l'âme Tiers-ordre de Saint François* » (Etude) par le P. Abel des Frères Mineurs capucins, Paris, 1923

Una escuela de perfección

*Estote perfecti sicut
Pater vester coelestis
perfectus est. ¡Qué sean
perfectos como nuestro
padre del cielo es
perfecto! "(Matt.v, 48)*

Para la fiesta de la Epifanía en 1921, el Sumo Pontífice Benedicto XV promulgó una encíclica inolvidable para invitar al pueblo cristiano a celebrar el séptimo centenario de la fundación de la Tercera Orden de San Francisco de Asís. Recordó la origen, el espíritu y afirmó su eficacia para la restauración religiosa de la familia y la sociedad, exhortó a todas las asociaciones católicas a que se alistaran en la milicia franciscana a fin de aprovechar toda la riqueza de las virtudes evangélicas, y finalmente abrió los tesoros de la Iglesia a los que participarían en las solemnidades de ese día tan especial.

En todos los puntos del universo católico, esas solemnidades obtuvieron el mayor resplandor. Los pastores de las diócesis se

apresuraron a apoyar el proyecto del Sumo Pontífice, mientras unas voces elocuentes llamaban la atención de los fieles sobre una de las obras más bellas de la santidad cristiana.

A pesar del esplendor de los homenajes que recibió, la Tercera Orden, conocida por algunos, se quedó desconocida por la mayoría. Por lo tanto, conviene recordar cuál es su eficacia en la santificación de las almas.

1. La necesidad de una Regla para santificarse

Según la definición del código eclesiástico, una Tercera Orden secular es una asociación de personas “viviendo en el mundo de una manera conforme a sus condiciones, pero esforzándose por progresar hacia la perfección cristiana bajo la dirección de una Orden religioso propiamente dicho, inspirándose de su espíritu, y siguiendo una regla aprovechada por la Santa Sede”¹.

Los diversos artículos de esa Regla implican un compromiso especial del alma que quiere seguirla.

¹ Codex JC, can. 702.

Decimos compromiso y no obligación. De hecho, la ley sola puede encadenar la conciencia si crea una obligación. Sin embargo, a sus niños viviendo en medio del mundo, la Santa Iglesia no quiere imponer otras cargas que las que les impone su Jefe divino y de quien ha recibido la misión de interpretar el pensamiento y ejecutar las órdenes. En cambio, nunca ha dejado de invitarles a imponerse a ellos mismos unos compromisos particulares destinados a estimular y coordinar sus celos en la práctica de las virtudes cristianas.

Nuestra natura necesita una disciplina. No es suficiente pensar justo para actuar justo. Entre la vida y las ideas de un hombre a menudo se observan desacuerdos totales. Como el hombre que profesa bellas máximas pero se permite actos que no edifican. Y cuando el egoísmo no deja de murmurar en las profundidades de nuestro ser la ley del mínimo esfuerzo, cuando el diletantismo ambiente enfada y debilita el pensamiento serio, cuando las teorías del sensualismo en todas sus formas combaten los argumentos de la verdad desvelada, ¿qué puede

quedar de la energía sobrenatural en una natura que no se ha acostumbrado a una saludable reacción, es decir a una inteligente y constante disciplina? El mundo está lleno de hombres que no tienen ánimo para vencer, y pierden ese ánimo porque no saben ni orientar, ni mantener sus esfuerzos.

Seríamos cristianos hasta el fondo de las entrañas, como diría Bossuet, si vivimos sin disciplina viviremos a merced de las circunstancias y de los caprichos. ¿Es necesario buscar en otro lugar la razón de tantos deberes descuidados, tantas horas perdidas en futilidades, tantos ejercicios de piedad o omitidos o mal hechos?

Un autor espiritual hizo justas observaciones: “sin regla, el alma se parece a un barco bailando con las olas, sin vela, sin timón, sin brújula, y sin piloto: para tragarlo, no hay necesidad de una tempestad, la primera ráfaga de viento es suficiente. La Regla, al contrario, concentra todas sus fuerzas de acción, multiplica la energía, dirige el empleo, impide la dispersión y preside así a la victoria. Es ella una vez más, que por un recordatorio incesante al deber, refrena las pasiones. Finalmente, es ella que muestra

el trabajo para cada día, que sea un trabajo intelectual, o un trabajo moral o espiritual. La Regla es para la voluntad lo que son las arterias para la sangre o las venas del árbol para la savia, una vía que contiene la vida y que la lleva por todas partes, sin dejar caer ni una gota : *via vitae custodienti disciplinam*.²

Es verdad también que: “si el día es una sucesión de minutos y la vida una tela de detalles, es con el cumplimiento de cada uno de ellos que ponemos juntos, y que como pieza por pieza, constituyen los méritos que nos merecerán el cielo. Los sacrificios heroicos son la excepción: Dios los pide raramente, y cuando los pide, quizás cuestan menos para las almas bien hechas que esfuerzos bastante débiles, pero repetidos cada vez. Muchos preferirían vaciar de un trago la copa amarga que beberlo gota a gota. Morir de un solo golpe para el divino Maestro parecería un acto fácil, y casi un acto feliz pero morir lentamente, morir cada día, según la palabra del Apóstol: “*quotidie morior*”, eso es lo difícil, y sin embargo es una condición capital de toda piedad que quiere crecer. Es en el campo de batalla de esas luchas

oscuras pero permanentes que tenemos que conquistar nuestra corona.

“Así, esos deberes múltiples de cada día, ¿cómo se cumplirán si no están previstos antes, si no están recordados después?, y de alguna manera ordenados por una regla? ¿Cómo la gente podría santificarse si no pone esos deberes en centro de su vida? Todos los actos humanos, todos los movimientos del alma tienen que llegar a Cristo, pero solo llegan a él con la Regla, la única vía segura que conduce al Salvador, y por el Salvador al saludo. La Regla pone el hombre entero en orden: corrige lo que es vicioso, modera lo excesivo, pero también anima lo que está adormecido y empuja lo que se queda inmóvil. Como la Regla es la expresión del pensamiento de Dios para cada uno de nosotros, está, en sí misma, una fuente inagotable de buenas acciones y méritos. ¡Ay de quien lo rechaza!³ Aparte de esa Regla, solo hay despilfarro y miseria y los días fluyen en la vanidad⁴. Sola, puede edificar los hombres, los cristianos y los Santos, como es a la vez el vehículo más sólido de las fuerzas humanas y el canal

² Prov, X, 17.

³ Sap., III-2.

⁴ Prov. XIII-18.

más seguro de la gracia. Bajo su yugo, el alma aguerrida camina directamente en el bueno camino y, siguiendo la palabra litúrgica, la voluntad humana, incluso rebelde, se une a la voluntad divina: *Ad te nostras etiam rebelles compelle propitius voluntates.*⁵ ⁶

Sin duda, lo que es necesario para la natura humana que quiere mejorarse, es una Regla que le recuerda el espíritu del deber, que dirige el comportamiento, que pone orden en sus acciones, que sea a la vez un estimulante y un apoyo sobre el camino del deber.

Toda persona que no se convencería de esa necesidad por su propia experiencia, por sus debilidades y faltas personales, debería interrogar a la Iglesia, esa maestra incomparable de perfección y de santidad.

¿Qué pregunta la Iglesia a sus niños que, como Cristo y para salvarse, entran en una orden religiosa? Ante de todo, someterse a una Regla. La buena voluntad, el entusiasmo no están suficientes para la Regla. El

primer trabajo que les da es disciplinar sus facultades. Les presentará magnificas ordenanzas de San Basilio, San Agustín, San Bruno, San Francesco de Asís, de San Dominico, de San Ignacio, de San Alfonso de Ligori, de tantos otros personajes ilustres inspirados por Dios para reunir las almas y darles un ideal sublime. Eso no les dispensará someterse a una disciplina rigurosa hasta el final de su vida. Y si, después de la muerte de sus hijos y antes sus santificaciones, examinará con mucha atención la profundidad de su sumisión más que el esplendor de sus éxtasis, se dejará convencer por la heroicidad de sus virtudes escondidas, antes de mirar sus poderes taumátúrgicos. Porque, para Dios, nada es más grande que el valor del sacrificio oscuro y continuo, liberado de sus soportes naturales que son el entusiasmo, la cuestión de honor, el miedo, la ostentación, la restricción.

Puesto que la fragilidad y la inconstancia de la natura humana necesitan el apoyo de una regla y una disciplina, puesto que la Santa Iglesia, a través de sus instituciones, enseña sin parar que no hay otro medio

⁵ Secreta del 4 domingo después de Pentecostés.

⁶ Buathier. El Sacrificio.

eficaz de perfeccionamiento moral, puesto que no es Santo quien no se impone saludables rigores, no podemos dudar de que todos los cristianos que quieren llegar a una misma virtud seria, sino integral, tienen que esforzarse con el mismo medio. Por esta razón, existe la Regla de la Tercera Orden de San Francisco.

2. La Regla de la Tercera Orden es un medio muy eficaz para la santificación

A principios del siglo XIII, un hombre, después de una juventud de distracción y placeres, dados por la abundancia de los recursos familiares, recibió de Dios la inspiración para seguir los pasos del Cristo Redentor hasta las extremas límites de la abnegación y del amor. Se vistió con un traje humilde, para recordar a la gente que el lujo y las riquezas están pañoletas desdichadas de una natura viciada. Se hizo mendigo, para aprenderles a recurrir con humildad al único autor de todo Bien serio y durable. Imprimió en su carne el sello de la penitencia

para invitarles a la moderación de las alegrías terrestres y la expiación de las faltas causadas por la voluptuosidad. Hasta el final de su vida, Francisco de Asís fue un modelo acabado del apóstol dando la verdad a las almas por el ardor de su palabra y por el poderoso prestigio de sus admirables ejemplos. Después de haberlo despreciado, la gente le consideró rápidamente como una reaparición del hijo de Dios hecho hombre, le siguió y cuando pudieron contemplar los estigmas sagrados de la redención en sus miembros, un santo entusiasmo le comunicó el deseo de decir adiós a las vanidades del mundo e imitar el comportamiento de los primeros cristianos.

¿Cómo satisfacer una ambición tan noble, y al mismo tiempo contenerla en los límites de una moderación sabia? Si la perfección de los consejos evangélicos es un ideal oferto a la generosidad de todos, no todo el mundo puede dejar a su familia y abandonar los deberes que encadenan a una condición dada por la Providencia voluntariamente aceptada o soportada.

Francisco se puso a orar y el Cielo le inspiró la solución para esas almas atraídas por el Bien, para que pudieran realizar sus sublimes aspiraciones sin asumir deberes que no correspondieran a sus estados de vida. Como no podían vivir en la austeridad de los Frailes Menores, podrían adquirir y practicar el espíritu de indiferencia a los bienes materiales y penitencia. Tendrían la posibilidad de santificarse, quedándose en medio del mundo. Porque, con las almas perteneciendo a la Primera Orden y a la Segunda Orden, formarían una asociación admirable, tendiendo al mismo ideal a través de la práctica de las mismas virtudes. La Tercera Orden nació de esa inspiración del Seráfico Patriarca. Poco tiempo después, aprobado y recomendado por el Vicario de Cristo, la Tercera Orden cubrió el mundo entero de sus ramas fecundas. Y la santa iglesia sigue proponiéndole como un maravilloso medio de santificación.

Los compromisos que deben respetar los Terciarios favorecen la santificación de las almas hasta las cumbres de la perfección angélica. ¿En qué consiste esa Regla? Propone reaccionar

contra las pasiones que, a veces, pierden y corrompen a las almas:

- Contra el espíritu de independencia por un espíritu de humildad y sumisión
- Contra la frivolidad y la disipación, por un espíritu de oración
- Contra el sensualismo por un espíritu de penitencia
- Contra el egoísmo por un espíritu de caridad y fraternidad.

Sin duda podemos decir que eso corresponde simplemente a la enseñanza del cristianismo. Es verdad, en la Tercera Orden, no tenemos la pretensión de practicar otra cosa. Pero hay que comprometerse para practicarlo de la manera más integral posible, lo que no es precisamente en las costumbres del mundo.

El mundo se vanagloria de independencia, frente a la religión también; juzga la enseñanza de la Iglesia con apreciaciones fáciles y la mayoría del tiempo inapropiadas. En la Tercera Orden, cada uno se impone el respeto de toda decisión religiosa: se pretende que los que tienen la misión de instruir a los pueblos, reciben, siguiendo las necesidades de cada siglo, luces apropiadas: creemos sin duda, sin hesitación ni inquietud; nos

sometemos ciega y noble mente a la Iglesia.

El mundo ansia frivolidades y busca en todos lugares la distracción: nada le cuesta más que el recogimiento interior que permite considerar la vida por su lado serio es decir eternal. Se parece a esos caravasares donde los viajeros paran durante algunas horas para ponerse en ruta con ruido después. Si las grandes ideas pasan por su espíritu, no se quedan. El Cristo no encuentra espacio aquí como no encontraba antaño en la hostelería de Belén; todo se ve obstruido por preocupaciones extrañas a Él. En la Tercera Orden, el terciario se compromete a consagrar horas de reflexión íntima para ser capaz, en el tumulto de las ideas y de las cosas, de huir la fascinación que ciega: *fascinatio nugatitatis obscurat bona*⁷, para saber orientar su pensamiento hacia los celestes horizontes, juzgar cada cosa según Dios, y por consecuencia en su medida justa. La religión tiene que dar forma al hombre, regir sus facultades y su actividad entera hacia fines espirituales. Así, la oración se convierte en lo más importante en la vida del terciario.

El sensualismo domina el mundo hasta los mejores ámbitos. Esos

⁷ Sabiduría, IV-12

últimos toleran y abrazan costumbres odiosas. Una reacción enérgica frente al sensualismo sería necesaria para los espíritus y las almas. Por desgracia, “seguimos con una manera de vivir que reprobamos, damos nombre de tradición a unas costumbres absurdas; por egoísmo y respeto humano pasamos nuestra vida a rendirnos frente a los caprichos y las tiranías de la opinión pública, a quien obedecemos a ciegas avergonzándonos después de seguirla”⁸.

Y me permito añadir al texto del autor: “es así que se pierde la Fe”⁹.

En la Tercera Orden, nos vamos a Cristo con toda el alma, y no se olvida su crucifixión. Prohibimos en nuestras casas los libros que le atacan y las costumbres que le ofenden. Evitamos ir y aplaudir los espectáculos en los cuales se violan

⁸ Beaupin.

⁹ El Santo de Tolosa- La vocación del hombre es la Fe p. 93: “El hombre es un conjunto con razón y corazón. El acto de fe siendo el acto humano por excelencia, es así un acto de razón y corazón. Se cree por la razón y se cree por el corazón. Hay que concluir que lo que hace perder la razón y el corazón hace perder también la fe. Sin embargo, el orgullo hace perder la razón, y la avaricia y la sensualidad hacen perder el corazón, la experiencia lo demuestra. Los orgullosos, los avaros y los hedonistas pierden la Fe de manera casi inevitable. La pierden porque dan la prioridad a la gloria, el dinero, la carne y ya no rezan a Dios que es El único que merece nuestras oraciones y nuestro amor, y que ha hecho de la oración la condición esencial de todos los dones que nos concede para hacerles apreciar y merecer”.

las doctrinas, se insulta la moralidad del Maestro. Nos esforzamos por mostrar que todas las condiciones de vida son compatibles con los preceptos divinos de abnegación y moderación. No sonrojamos y no tememos sacrificar algunos de nuestros gustos y moderar nuestros placeres. En una palabra, en nuestras alegrías como en nuestras dolores conservamos el recuerdo que la vida es una prueba en la que el triunfo se obtiene por el espíritu de mortificación y de penitencia.

Las rivalidades, las envidias y los odios feroces roen el mundo. Olvido y desprecio para la gran ley de igualdad original y de igualdad en el destino. En la Tercera Orden, nos dejamos envolver y conducir por la inmensa caridad del Salvador que no tenía preferencia para cualquier de nosotros, excepto para los más activos en la observación de sus leyes y para las creaturas más desdichadas. Todas las condiciones se admiten en la Orden con un favor igual y traicionaríamos el espíritu si hiciéramos unas excepciones. Predicamos el amor universal, la fraternidad de las almas.

Las reglas que observamos tienen como objetivo o grabar en el espíritu y el corazón los grandes principios directores de la vida. Hubo un tiempo en el que se podía considerar la Regla demasiado

exigente para algunos, pero León XIII quiso hacerla asequible a todos. Sin duda, tendremos el derecho a dar más si Dios nos lleva a rutas de generosidad y heroísmo, pero será suficiente quedarse sometido al espíritu de esas reglas para no quitar el orbite de la perfección y de la santidad.

Así la gran institución franciscana se ajusta a todas las situaciones de la vida. Es fácil practicar la Regla sin abandonar las exigencias razonables de su familia y de su medio. Porque la Tercera Orden es un espíritu más que un rito, una manera de concebir la vida más que una asociación de oraciones y que un organismo piadoso. Por ello, asequible a todos, se dirige a todos: sacerdotes y laicos, ricos e indigentes. El papa Benedetto XV lo afirmó una vez más en su encíclica *Sacra prope diem*. Y añadió una nota inédita en las exhortaciones de sus predecesores invitando “todas las asociaciones católicas a venir aprovechar del secreto de la perfección humana”.

¿Es oportuno, es urgente, tomar la decisión de vivir, de manera más cristiana, de resistir con energía a los cuatros flagelos que envenenan las almas: la independenciam, la frivolidad, el sensualismo y la estrechez o el egoísmo de las afecciones del corazón? Por lo tanto, no hay que dudar en la

elección de los medios de éxito. Por los compromisos que supone, la Tercera Orden pone la santificación a disposición de todas las almas de buena voluntad.

3. Abundancia de los socoros espirituales procurados por la Tercera Orden, su valor de santificación

Si el esfuerzo personal es la base de toda virtud seria, la gracia de Dios es también esencial para la fecundidad. Así es útil conocer la importancia de los favores espirituales que el alma puede obtener por la Tercera Orden de San Francisco de Asís. Esos favores vienen de:

- Las promesas hechas por Dios a la generosidad humana.
- La asociación de méritos con una gran familia religiosa.
- Las liberalidades de la Santa Iglesia

Dios es absolutamente libre en la distribución de sus regalos; pero cuando se compromete, el cristiano puede contar con su generosidad. Una infidelidad por su parte conduciría a la negación de sus atributos, a la destrucción de

toda creencia, a la negación de Su Ser.

¿Por lo tanto, Dios se comprometió en sostener el esfuerzo, fecundar la generosidad de los que tienden a la perfección de la vida? Decía a los suyos: “vosotros que trabajáis y que sucumbís bajo el peso del cansancio, venid a mí, os daré la energía.”¹⁰ Decía a la multitud: “Beatos sean los que tienen hambre y sed de justicia, les saciaré”¹¹.

Quiere nuestra santificación: “*Perfecti estote, sicut Pater vester coelestis perfectus est*”¹². Y en otra parte dice, que sin El no podemos obtener resultados: “*Sine me nihil potestis facere*”¹³ Así, nos llama hacia las cumbres, a pesar de nuestra debilidad. ¿Y nos dejaría impotentes? No tenemos que preocupar. Porque Se queda con nosotros: “*Nolite timere, ego sum*”¹⁴. Su gracia se quedará suficiente, como para San Pablo, para darnos la victoria: “*Sufficit tibi gratia mea*”¹⁵. Su potencia se manifestará por el exceso mismo de nuestra infirmitad “*nam virtus in infirmitate perficifur*”¹⁶ ¿Pero qué

¹⁰ Matth, XI, 28

¹¹ Matth, V, 6.

¹² Matth, V, 48.

¹³ Joann, XV, 5.

¹⁴ Joann, VI, 20

¹⁵ 2 Cor., XII, 9.

¹⁶ San Pablo, II Cor. VI-1.

pregunta a su criatura para ofrecerle el beneficio? Le pregunta querer y corresponder: *“exhortamur vos ne vacuum gratiam Dei recipiatis”*¹⁷.

Aquí se manifiesta el efecto saludable de la Tercera Orden de San Francisco: establece el alma en las disposiciones requisitas para recibir en su plenitud las gracias de santificación que Dios nos distribuye.

La gracia requiere como primera disposición la atención del espíritu, porque “nada es, espiritual, delicado, rápido como las impulsiones del Espíritu Santo”. Nuestro señor les comparaba a una brisa silenciosa que cruza el espacio. ¡Cómo es difícil percibir y sentir esas impulsiones cuando tenemos el alma agitada por el ruido y las preocupaciones del mundo! Pero la Tercera Orden tiene como objetivo de sacar las almas de la influencia de las complicaciones terrestres y comunicarles costumbres de reflexión y recogimiento y, por eso, les pone en condición para recibir la abundancia de los favores celestes.

Una segunda condición, igualmente importante, de su eficacia es la liberación del corazón. Toda cuerda desordenada obstruye su eficacia, porque Dios quiere ser el único maestro de su criatura y no

quiere que se someta a otras leyes. Por lo tanto, como lo hemos visto, la Tercera Orden impone la privación de placeres malsanos y de satisfacciones ilegítimas. Contra la desidia y la inercia, ofrece la armadura de la penitencia. Se ingenia en asfixiar hacia sus raíces el germen mórbido de la sensualidad. Así el alma despejada se abre más fácilmente a todas las impulsiones de la acción divina.

Ella tiene como condición el ardor de la caridad, que tiene como origen los sacramentos y sus palabras sagradas que desarrollan las obras mostrándonos la felicidad de Dios en su eternal recompensa. Por lo tanto, por la Tercera Orden se obtiene un eximio beneficio por la asistencia cotidiana a la misa cuando los otros deberes y la salud permiten arrodillarse frecuentemente a la Santa Mesa, seguir los ejercicios del culto parroquial, recibir asiduamente las exhortaciones y los consejos del pastor de las almas sin prejuicio de las instrucciones particulares que mantienen el gusto de la verdad y de la virtud. Como el oro entra en fusión en el ardor del fuego, así en los medios fervientes, Dios comunica sus tesoros inestimables.

Una cuarta y última condición para obtener esos tesoros, es pedirlo a Dios : *“petite et accipietis”*.

¹⁷ San Pablo, II Cor. VI-1 ??

Por desgracia, no pensamos mucho en eso, excepto en las desgracias. Sin embargo, si no nos sometemos a esta ley, nuestra perfección no se mejora. Por lo tanto, la Tercera Orden establece el alma, casi a pesar de su misma, en una predisposición para la oración. Además, el Oficio de la Santa Virgen o el de los *Pater* que la Regla impone, forman parte de la oración pública ordenada por la Iglesia. Los terciarios se convierten así en embajadores oficiales de la Iglesia ante Dios. ¿De este punto de vista, quien pondrá en tela de juicio el valor y la eficacia de la oración? Recitada cada día en las horas libres, la oración hecha en el nombre de la Santa Iglesia impide que el espíritu para se desvanezca por otras partes, se desvíe y se corrompa en pensamientos inútiles; lleva el alma a su centro divino, y para las almas de buena voluntad en la recitación de las formulas, un espíritu nuevo se forma, baja del cielo con una abundancia de gracias que purifican, tranquilizan, consuelan y adivinan la vida.

Los socoros espirituales que da la Tercera Orden vienen de su asociación con una familia religiosa. Constituye en sí misma una orden verdadera. Los Sumos pontífices lo afirmaron muchas veces, insistiendo

en la comunicación de bienes que se debe a eso.

Los ciudadanos de un mismo país, sometidos a un régimen común de deberes y servicios, reciben a cambio el beneficio de su protección. En una familia, la vitalidad, la buena fama, la fortuna, la potencia, el amor, la virtud, el mérito se transmiten de una generación a otra; el sufrimiento y las necesidades excitan en ella la compasión la más afectuosa y provocan en ocasiones heroicas dedicaciones.

Esas imágenes se quedan débiles para ilustrar la circulación de bienes espirituales generados entre los miembros de la Iglesia de Cristo que forman un cuerpo único, y después, de una manera más íntima y abundante, entre los miembros de una misma familia religiosa.

Primero, se recogen: gracias de edificación. Es un gran favor tener bajo los ojos el espectáculo de buenos ejemplos que nos permiten contemplar sin parar la cara augusta de la virtud. Siete siglos enteros trabajaron, en la Tercera Orden, para convertirla en un orden de dulzura y de veneración. Resulta de eso un ardor comunicativo que sigue invitando el alma a reproducir, en la medida de sus fuerzas, esa santidad familiar.

En las familias, rezamos y sufrimos igualmente los unos para los otros. Por lo tanto, ¿cómo podemos calcular el número de favores espirituales que pueden enriquecer los miembros de la Tercera Orden? Entran así en una comunión de sufrimientos, de buenas obras y de oraciones, con más de 160.000 religiosos y religiosas, con millones de cristianos y cristianas componiendo la familia innumerable de los niños del patriarca de Asís.

Y si tenemos una confianza relativa en los méritos y las suplicas de los habitantes de la tierra, deberíamos acordarlos a la intercesión de los santos del Cielo. Por lo tanto, ¿Hay algunos santos en particular en el cielo con quienes los terciarios pueden contar?, es decir más dispuestos para ocuparse de los intereses que han sido los suyos en la tierra cuando practicaban la misma regla de vida? La respuesta no da dudas; es suficiente abrir anales religiosos, el martirologio tenido escrupulosamente por la iglesia de Cristo, con los nombres de los héroes de la santidad. ¡Qué falange majestuosa bajo los pliegos sagrados del estandarte de la cruz! : Figuras de reyes, figuras de apóstoles, figuras de pontífices, de confesores, de vírgenes, de

martirios. Unas centenas pasan así bajo nuestros ojos; todos los pueblos de la tierra les ofrecen el homenaje con incienso y oraciones. Y nosotros, franceses, tenemos la ventaja de poder saludar con más emoción y felicidad los patronos mismos de la Tercera Orden: San Luis, y Santa Isabel de Hungría, por su madre de origen francesa.

Dios quiere y honora demasiado a sus santos para no darles la alegría de ser útiles para nosotros. En el plan de la Redención, se han convertido en canales vivos del rocío celeste. Nadie es capaz calcular cuánto el amor especial de un beato puede contribuir a la santificación de un alma. Esa santificación, el alma, la debe a un gran número de santos que, hace diez años, la Iglesia había inscrito en sus dípticos: 265. Eso demuestra cuantos apoyos la Tercera Orden tiene en el cielo.

Es Dios que hace los santos dándoles tesoros de su gracia y favores innumerables. Pero la Iglesia también contribuye en esa efusión de gracias. Tiene tesoros, dados por Dios, que son los méritos obtenidos por Cristo, la Virgen María, y por los que han seguido el camino de sufrimientos y virtudes: "Trabajo de

los apóstoles, torturas de los mártires, austeridades de los anacoretas, suplicas de las vírgenes, miles y millones de obras heroicas, ignoradas por los hombres, pero conocidas de Dios y que han desbordado los derechos a su eterna justicia. Dios ha dispuesto la Iglesia a la distribución de esos dones preciosos: ¿No es justo, escribe Santo Tomás, que se repartan los bienes comunes de una sociedad entre sus miembros según las necesidades y el juicio de quién gobierna?”¹⁸

La Iglesia nos ofrece pagar todas nuestras deudas a la justicia de Dios que hemos ofendido, y nos permite aprovechar esos tesoros, nos ofrece el beneficio de sus indulgencias.

Es inútil preguntarse si los Santos pueden obtenernos indulgencias. Es como en una familia donde los niños benefician de la dulzura y del cariño de los otros. Todos nosotros necesitamos indulgencias para nuestros pecados.

¿Pero dónde se encuentran las efusiones abundantes de la clemencia divina indispensables para obtener el perdón de nuestros pecados? La Santa Iglesia los

¹⁸ Monsabré, Dogma católico, comunión de los Santos.

promete en la Tercera Orden de San Francisco para alentar a los cristianos a comprometerse. Para cada fiesta de Santos que el cristiano honra, puede obtener el valioso beneficio; los terciarios tienen también el privilegio de algunas bendiciones papales, y absoluciones generales, reservadas a Órdenes religiosos y que procuran la remisión total de todas las penas meritorias por el pecado a las almas leales y sinceras.¹⁹

La Tercera Orden es un instrumento que tiene una eficacia maravillosa en el ámbito de la santificación. Esa convicción resulta no solo del objetivo que San Francisco se ha propuesto en su institución, sino también de los compromisos que supone y de los favores innumerables dados por la Santa Iglesia.

Sería demasiado largo recordar la influencia y las glorias de la Tercera Orden durante los siete siglos pasados. En los anales de la historia religiosa, páginas incomparables existen sobre el tema. La institución ha tenido el apoyo y la recomendación de setenta papas, con doscientos bulas papales repitiendo a los arzobispos, obispos y sacerdotes del mundo

¹⁹ Beringer, t. II, p. 505.

entero: “Recomendad la Tercera Orden, hacedla conocer, abridla a todas las personas de buena voluntad; se santificarán y con las virtudes que adquirirán, podrán cristianizar la tierra”. Esas exhortaciones vehementes significan otra cosa que un inútil ruido de palabras y un entusiasmo falso para un santo que ha querido amar a Cristo a su medida, es decir: hasta la locura. Y así, la cuestión que llega después es: ¿es conveniente escuchar a los papas en serio? ¿Si no lo hiciéramos, no sería una presunción evidente que tenemos miedo a la vida seria?

Según una tradición autorizada, Nuestro Señor dijo a Nuestro Padre San Francisco antes de imponerle las estigmas sagradas: “quiero imprimir en tus miembros los signos de mi dolorosa pasión para que te conviertas en mi portador de Cruz, quiero también que seas conforme en tu muerte, como lo fuiste en tu vida. Al igual que en el día de mi muerte bajé al limbo y salí, por mérito de mis sufrimientos, todas las almas que se encontraban allí, bajarás al purgatorio, en cada aniversario de tu muerte, para sacar las almas de los terceros ordenes que has establecido y les conducirás al Reino

Celeste”. Promesa admirable, bien digna de la bondad de Cristo y de su ternura para su fiel servidor. El alma cristiana pone su esperanza en Cristo y toma la decisión de seguir el Serafín de Asís diciendo de nuevo la palabra que decía a sus queridos hijos: “ ¡Animó, animó! La pena está corta, la gloria es eterna”.

.....
IMPRIMATUR, Andegavi, 11 Junii
1923, L. Thibault, v.g.

Sociedad francesa de imprenta y
publicidad_ Angers Paris.

.....

Couvent Sant-François
Superior, Padre Guardián
RP Antoine OFM Cap
69910 Morgon
CCP N° 1704.43 H Lyon
France